

Modu se pavonea delante de las mujeres, pues aquella manifestación se encontraba repleta de chicas jóvenes y guapas, además liberadas, como a él le gustaban.

En cuanto comiencen las acampadas en protesta por cuestiones que él considerará que no le conciernen, pues cree que Europa es un paraíso; acudirá cada día a Sol para pasárselo bien por sentirse como en su propio país.

Allí todas las mujeres tienen dueño, y aquí no, con lo que esa situación excepcional supondrá para él un verdadero oasis en medio del desierto.

Pero cuando el calor comience a volverse insoportable, todo aquel campamento de lucha pacífica contra las injusticias cometidas por el gobierno español en connivencia con los bancos, desaparecerá como si se hubiera tratado de un espejismo.

Y él, que se sentía un león en la selva viviendo por primera vez en libertad, se sorprenderá al ver aparecer en las noticias a chicas testimoniando haber sido acosadas por africanos y árabes.

Lo cierto es que intentará ligar con cuantas manifestantes se encuentren solas, y aunque algunas parecerán encantadas, otras le rechazarán argumentando que en el mundo hay más cosas en las que pensar y a las que dedicarse que a follar.

Lo cierto es que él no comprenderá cómo pueden existir mujeres sin pareja capaces de prescindir del sexo.

Pero tras ese 15 de mayo descubrirá que muchas mujeres occidentales rechazaban tajantemente el contacto con personas del sexo opuesto.

Aquello supondrá una novedad para él, una especie de penosa revelación que le dejará conmocionado durante un largo periodo de tiempo.

A partir de ese momento comenzará a plantearse incluso regresar a su país al sentirse despreciado por aquellas que él consideraba su razón de existir y sus benefactoras.

Una extraña nostalgia se apoderará de su ser, y comenzará a frecuentar un bar de Lavapiés al que acudían mujeres senegalesas buscando marido.

Allí conocerá a Mame.

Ella trabajaba para la familia de Marta como chica para todo desde hacía casi diez años, y seguirá haciéndolo el resto de su vida.

Ambas tenían aproximadamente la misma edad, pero la patrona nunca se había preocupado lo más mínimo por su sirvienta hasta que Mame le demuestre su afecto yendo a visitarla al hospital más que su propia madre.

Así nacerá la amistad entre dos personas separadas por una barrera invisible cultural y de clase social, que se desplomará como un muro gracias a la colisión de su tanque de guerra contra un camión.

Cuando Mame se quede embarazada, le pedirá ayuda a Marta para poder seguir trabajando en su casa y cuidando a su futuro hijo, pues ha tomado la decisión de no decirle nada al padre y criarlo sola.

A Marta le parecerá un poco extraño, pero aceptará.

Ella le asegurará que es mejor así, porque los africanos que dejan sus países son en realidad la escoria de la sociedad en comparación con el resto.

Al parecer sólo los más egoístas e individualistas se adaptan perfectamente a la mentalidad occidental, y ella no querrá que su hijo sea educado en esos valores.

Marta la comprenderá y llegará admirarla cuando su ahijada llegue a convertirse en una gran cirujana capaz de rechazar la sustanciosa oferta de una clínica de estética para trabajar gratis en Senegal.

Pero un buen día, cuando su madre ya sea anciana y se encuentre enferma, querrá saber quién era su padre, y lo encontrará viviendo en una residencia de ancianos.

Mila lo reconocerá fácilmente pues, aunque muy viejo pero nada senil, es el único negro y se encuentra pavoneándose delante de las mujeres.